

El ombligo del mundo

Preocupado porque su esposa Yocasta no le daba hijos, Layo, rey de Tebas, decidió pedirle consejo al dios Apolo. Fue al oráculo de Delfos y le preguntó a la sacerdotisa qué podía hacer. La mujer, que hablaba en nombre de Apolo, le respondió que mejor no hiciera nada, ya que cualquier hijo que tuviera con Yocasta terminaría matándolo. A partir de ese día, Layo no volvió a tocar a su esposa. Pero ella no estaba dispuesta a quedarse con los brazos cruzados. Una noche emborrachó a Layo, lo arrastró al lecho matrimonial y engendraron un varoncito.

Una vez que nació el bebé, Layo no se animó a matarlo con sus propias manos, así que le perforó los pies con un clavo y lo abandonó en un monte. Un pastor encontró al pequeño, lo llamó Edipo (que significa “pies hinchados”) y lo llevó a la ciudad de Corinto, donde reinaban Pólipo y su esposa Peribea. La historia del bebé abandonado llegó hasta la corte y los reyes, conmovidos, decidieron adoptarlo. Criaron a Edipo como si fuera su propio hijo y nunca le revelaron su verdadero origen.

Años más tarde, Edipo fue a Delfos para averiguar qué le deparaba el futuro. La sacerdotisa le gritó: “¡Matarás a tu padre y te casarás con tu madre!”. Horrorizado, Edipo huyó a Tebas. En el transcurso del viaje, al pasar por un desfiladero, se encontró frente a frente con un carro en el que viajaban un noble y su sirviente. No había espacio suficiente para todos,

pero ninguno quiso retroceder. Discutieron, pelearon y Edipo mató a los dos viajeros.

Más adelante, en un camino de montaña, Edipo se encontró con la esfinge, una criatura con cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente y alas de águila. La esfinge les planteaba una adivinanza a todos los viajeros que pasaban por ahí: ¿Qué ser anda a veces en cuatro pies, a veces en dos, a veces en tres, y es más débil cuantos más pies usa? Si adivinaban, los dejaba pasar. Si no adivinaban, los mataba y se los comía. Hasta ese momento, todos los interrogados habían ido a parar al estómago del animal. Pero Edipo estaba en un buen día y pronunció la respuesta correcta. La esfinge quedó tan desconcertada que se arrojó a un precipicio y murió destrozada contra las rocas del fondo.³

Los tebanos recibieron a Edipo como a un héroe, porque hacía rato que la esfinge acosaba a los viajeros de la región, y le ofrecieron el trono que recientemente había quedado vacante. Edipo aceptó y contrajo matrimonio con la Reina viuda. Así, la funesta profecía del oráculo se cumplió al pie de la letra, porque el noble que Edipo había matado en el desfiladero era Layo, su verdadero padre, y la Reina que desposó en Tebas era Yocasta, su verdadera madre. Siglos después, el cumplimiento de esta profecía inspiró al psiquiatra austríaco Sigmund Freud cuando le puso nombre al conjunto de emociones conscientes o inconscientes que los niños sienten hacia sus padres (complejo de Edipo).

La historia de Edipo es un mito, pero tiene algo de cierto: el oráculo de Delfos existió y fue consultado por incontables peregrinos. La gente creía que el dios Apolo les hablaba por boca de las sacerdotisas. Algunos científicos contemporáneos, en cambio, sospechan que en el momento de anunciar las profecías, las sacerdotisas estaban intoxicadas.

³ El hombre, fue la respuesta de Edipo, que anda sobre sus pies y sus manos cuando es pequeño, se para firmemente sobre sus dos pies cuando es joven y se ayuda con un bastón cuando llega la vejez.

Y destruirás un imperio...

Cuenta la mitología griega que el “ombigo del mundo” se encuentra en una de las laderas del Monte Parnaso, al norte del Golfo de Corinto. Allá por el siglo XIII a. C., funcionaba en ese lugar el oráculo de la Madre Tierra. Siglos más tarde, el templo fue gentilmente cedido a Apolo (otra versión afirma que el dios se apropió del templo por la fuerza, después de matar al dragón que lo custodiaba). El lugar se convirtió en el oráculo de Apolo y tomó el nombre del cercano pueblo de Delfos.

Con el tiempo, la fama del oráculo llegó hasta tierras lejanas. Las personas viajaban largas distancias y soportaban largas esperas para consultar al dios. Las respuestas solían ser ambiguas y difíciles de entender. Como pasa frecuentemente con las predicciones del astrólogo francés Nostradamus y otros supuestos adivinos, una vez que las cosas ocurren, es fácil ajustar los hechos a las profecías.

Lo que le pasó a Creso, rey de Lidia (siglo V a. C.), es un clásico ejemplo de las confusiones que podían causar las palabras del oráculo. Creso andaba con ganas de invadir a sus vecinos, los persas. Confiaba en que la victoria sería suya, pero pensó que no estaría de más escuchar la opinión del oráculo. Fue a Delfos y le preguntó a la sacerdotisa si era una buena idea realizar la invasión. La respuesta fue: “Si atraviesas el Halis, destruirás un gran imperio” (el Halis era el río que marcaba el límite entre Lidia y Persia). Entusiasmado por la respuesta, Creso reunió a su ejército y se adentró en el territorio de sus vecinos. Fue un triunfo memorable... para los persas. Derrotado y encarcelado, Creso comprendió, demasiado tarde, que era su propio imperio el que se iba a derrumbar si cruzara el río.

Gobernantes, militares y particulares de todos los rincones del Mediterráneo viajaban a Delfos para escuchar las palabras de Apolo. Al principio, el oráculo atendía una vez al año; con el tiempo, la demanda se fue haciendo tan grande que se habilita-

ron servicios mensuales. En su época de mayor esplendor, se presentaba tanta gente que los sacerdotes del templo tuvieron que establecer reglas y turnos para organizar las consultas. Los habitantes de Delfos tenían prioridad, a continuación atendían al resto de los griegos y, por último, a los extranjeros.

Las consultas no eran gratis, había que presentar ofrendas y sacrificios. En los primeros tiempos, la ofrenda consistía en mercancías; más tarde se empezó a cobrar una tarifa en efectivo. El sacrificio preferido era una cabra. Cumplidos estos requisitos, los sacerdotes averiguaban si Apolo andaba con ánimo para responder y sólo entonces les permitían a los devotos realizar sus preguntas.

Con el paso de los siglos, opacado por el cristianismo, la popularidad del oráculo fue disminuyendo. El emperador romano Teodosio I mandó clausurarlo a fines del siglo IV d. C.

El dulce aroma de las profecías

Las sacerdotisas de Delfos eran elegidas entre las hijas de las más respetadas familias del lugar. Las elegían jóvenes y les exigían virginidad, porque las consideraban las novias de Apolo. Parece que en cierta ocasión un visitante sedujo a la sacerdotisa de turno. A partir de ese momento, las empezaron a elegir mayores de cincuenta años (una edad muy avanzada, si se tiene en cuenta que en esos tiempos la mayoría de las personas no llegaba a cumplir los treinta años).

De acuerdo con los relatos de la época, la sacerdotisa atendía las consultas en una cámara ubicada en el corazón del templo. Se sentaba en un trípode, caía en trance y respondía a las preguntas que le hacían. Era creencia común que el trance era provocado por unos vapores que brotaban de las grietas que surcaban el suelo de la cámara.

Plutarco de Queronea, autor de las célebres *Vidas paralelas*, fue sacerdote de Apolo en Delfos y dejó a la posteridad in-

formación de primera mano sobre el oráculo. Describió que los vapores de la cámara olían como un perfume suave y que las sacerdotisas respondían a las preguntas en un estado de trance. Podían pasar un largo tiempo respondiendo preguntas, pero finalmente se las veía tan agotadas como un corredor luego de una carrera. En su libro *Obras morales y de costumbres*, Plutarco cuenta que un día la sacerdotisa de turno se puso a gritar, se agitó violentamente, se arrojó contra las puertas de la cámara y perdió el conocimiento. Al poco tiempo murió.

En el siglo XX, la historia de las grietas y los vapores fue descartada por falta de evidencias. Sin embargo, hace unos pocos años, un grupo multidisciplinario, formado por un arqueólogo, un geólogo, un químico y un toxicólogo, demostró que los antiguos cronistas no estaban tan errados.

El arqueólogo y el geólogo descubrieron que la cámara del oráculo estaba erigida sobre el punto de intersección de dos fracturas de la corteza terrestre, justo encima de una grieta en la roca. Más abajo encontraron un importante depósito natural de hidrocarburos (productos de la descomposición de los seres muertos, por ejemplo, el petróleo, el gas natural y el asfalto). El químico analizó el agua y las rocas del lugar y detectó varios hidrocarburos en estado gaseoso, entre ellos el etileno.

El toxicólogo confirmó que las antiguas descripciones de las emanaciones gaseosas y el comportamiento de las sacerdotisas coinciden con las características y los efectos del etileno, un gas de olor dulce, que en la década de 1920 fue usado como anestésico. En concentraciones bajas produce un estado de trance sin pérdida del conocimiento. Quienes lo aspiran sienten euforia y la sensación de flotar, pero pueden permanecer sentados y responder a preguntas. Dosis mayores generan reacciones violentas, pérdida de conocimiento y muerte.

¿Era realmente etileno lo que ponía en trance a las sacerdotisas y lo que mató a aquella mujer ante los ojos de Plutarco? Esto nunca se podrá saber con certeza. Todo lo que se puede

decir es que estos hallazgos no contradicen las descripciones del sacerdote y, además, ofrecen una explicación plausible.

En un artículo publicado en la revista *Scientific American*, los cuatro investigadores resaltan el poder de la ciencia moderna para dilucidar algunos misterios del pasado. Lo que les parece más destacable es “cuánto se puede ganar al abordar los problemas con la mentalidad abierta y la actitud interdisciplinaria mostradas por los antiguos griegos”.